

éste para obtener el fin deseado: "dar á conocer la Grande Obra de la Expiación."

Este Manual, que por la poca capacidad de su autor, no llene suficientemente su grande objeto, podrá suplir por hoy, mientras pluma más autorizada escriba el que se necesita.



1.^a Pregunta.—¿Qué es Expiación?

Respuesta.—Es un acto religioso por el cual el hombre procura satisfacer y aplacar á Dios por los pecados cometidos, manifestado ordinariamente por ceremonias exteriores. Impropiamente hablando, se dice también que un criminal expía, aunque involuntariamente, sus crímenes, cumpliendo su condena en la prisión.

2.^a pregunta.—¿De dónde pudo venir al hombre la idea de la expiación?

Respuesta.—Es una idea tan grande, tan importante, que solo pudo venirle por una revelación primitiva.

3.^a pregunta.—¿Decid las razones que tenéis para creerlo así?

Respuesta.—Primera: Dios, inmediatamente después del pe-

cado de nuestros primeros padres, los sentenció á una penitencia de por vida, indicándoles á uno y otra las penas á que de-

rían sujetarse: más la verdadera penitencia, y una penitencia impuesta inmediatamente por el mismo Dios, debe estar animada del espíritu de satisfacer y aplacar al ofendido; y aquí tenéis la expiación.

Segunda razón: toda idea que reviste un carácter de universalidad, que ha existido en todo tiempo, entre todos los pueblos de la tierra, que ha formado una parte esencial del culto en todas las religiones, y que nada la ha llegado á borrar, no puede ser sino revelada por Dios á los hombres primitivos.

4.^a pregunta.—Explicad más ésto.

Respuesta.—Sin referirme á la grande y solemne Expiación anual de los Judíos, porque ésta la mandó expresamente Dios,

por ministerio de Moysés, como consta por el Cap. xvi del Libro del Levítico, la práctica y con-

siguiente en toda idea de la expiación, la encontramos en todos tiempos.

Voltaire dice: "Entre tantas y tan distintas religiones, ninguna ha dejado de tener como objeto principal la expiación. El hombre ha reconocido siempre la necesidad de la clemencia." (Ensayo sobre las costumbres, C. 120.)

En efecto, no ha habido una religión, aun en los pueblos más incultos, que no haya tenido sacrificios: en el sacrificio se contienen dos ideas absolutamente indispensables; la de las ofensas cometidas por los hombres contra la Divinidad, y la idea de purificarse de aquellas ofensas por la expiación para satisfacer y aplacar al ofendido.

Los griegos y los romanos, además de las expiaciones pri-

vadas para el individuo, tenían expiaciones públicas y solemnes para purificar las ciudades, los campos, los pueblos colectivamente tomados; porque estaban en la firme persuasión que por la ley de solidaridad los pueblos podían hacerse culpables ante sus dioses. Los mexicanos celebraban una fiesta solemne expiatoria, en la que sacrificaban víctimas humanas ofrecidas á su dios Tlaloch, una vez al año por el tiempo que corresponde á nuestro mes de Mayo. [D. Juan B. Carrasco, Mitología Universal, pág. 730.]

5.^a pregunta.—¿Por qué decir que es una idea importante?

Respuesta.—Sí, importante y necesaria: nada hay más importante al culpable que reconocer su falta, y de ahí pasar á la satisfacción; se comprende que el hombre por su grande miseria caiga; pero lo que parece incomprendible es que después de ha-

ber caído, no sienta su desgracia, ó lo que es horrible, que sintiéndola la vea con indiferencia; porque entonces parece verificarse esta terrible sentencia del Espíritu Santo: "*Impius cum in profundum venerit contemnit.*" Prov. 18-3.

¡Hay del pecador que llegue á este grado! Mas ¡ay de los pueblos y naciones en quienes esta divina amenaza llegare á realizarse! Por esto cuando en medio de una nación que de alguna manera se encuentre culpable ante Dios, se promueve la Obra Santa de la Expiación, esa nación se salvará de su ruina moral; reconciliándose con Dios, habrá levantado el gran pararrayo que aparte y la libre de los castigos de la Justicia Divina.

Sexta pregunta.—¿Por qué decís que es necesaria?

Respuesta.—Necesaria siempre y á todo hombre que ha pecado; necesaria en ciertos tiem-

pos y circunstancias para los pueblos. El hombre que ha pecado, si tiene fe, siente indispensablemente el remordimiento de su conciencia; y sufre la prostración moral, consecuencia de su culpa, estado, que no guarda comparación con ningún mal físico, ni con ninguna de las muchas aflicciones de la vida; y esto por más que quiera disimularlo consigo mismo, y por más que sus pasiones pretendan entretenerlo; ¿qué sería de él, si no tuviera un remedio; si le faltara toda esperanza de levantarse de su caída? Sólo le quedaba la desesperación como á Caín, y exclamar: "Mi iniquidad es muy grande, para merecer el perdón." Gen., C. 4.º, v. 13. La expiación le ofrece este remedio, y con él la esperanza del perdón y el dulce consuelo de saber que ha recuperado la gracia.

Necesaria en ciertos tiempos y circunstancias para los pueblos.

Después que los pueblos han pasado por ciertas conmociones que afectan el orden público en lo social y religioso; especialmente con guerras civiles que causan profundas divisiones entre hermanos, y son fuentes abundantes de multitud de pecados de toda especie, viene una época del más profundo decaimiento en la fe y en las costumbres. Epoca figurada en aquel año de sopor é indiferencia que pasó David después de su pecado. 2.º Reg., Cap. 12.

En este estado deplorable, los pueblos permanecen adormecidos, á pesar de los castigos y calamidades públicas, y de los recursos ordinarios de la gracia; hasta que la Misericordia de Dios les manda la gracia de una voz extraordinaria, poderosa y eficaz que los despierta y los mueva á penitencia. Esta voz es hoy día la Voz de la Expiación. más poderosa que la de los Pro-

fetas de Israel; es un eco de aquella voz de Jesucristo, Rey de los Profetas que decía: "Ni si penitentiam habueritis omnes similiter peribitis." "Si no hicieréis penitencia todos pereceréis de la misma manera. Luc. 13, v. 3."

Séptima pregunta.—¿Qué me decís de la Expiación; en qué concepto la tiene nuestra Santa Religión, y la tuvo su Divino Fundador?

Respuesta.—¡Ah! Es en donde se encuentra la verdadera idea, la grande, la sublime idea de la Expiación y de su importante doctrina.

Para confirmación de lo dicho en la segunda pregunta, digo: La Expiación ha podido necesitarla el hombre y tener que sujetarse á ella indispensablemente por su pecado; pero no ha sido capaz de concebirla; es un concepto nacido en el seno mismo de Dios, y producto del amor

eterno que ha tenido por el hombre: "*In charitate perpetua dilexite.*" Te amé con un amor eterno. Jerem. 31-3, y San Juan, cap. 3-16. *Sic Deus dilexit. . . . ut Filium suum U. daret.* De tal manera amó Dios al mundo que dió á su Hijo Unigénito. ¿Para qué lo dió? Para que el hombre no perezca: *ut non pereat*: sino para que el mundo se salve por él; *sed ut salvetur mundus per ipsum.* ¿Por qué medio el Hijo de Dios salvará al hombre? ¿Cuándo, de qué manera? Por su grande y divina Expiación. Para prepararla y cumplirla y hacer capaz de consumarla al que en su seno no podía ser víctima expiatoria, ved cuándo y cómo cumple su eterna idea expiatoria. S. Pablo ad Galat., Cap. 4, v. 4, nos dice: "*At ubi venit plenitudo temporis*: Mas cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer," ¿qué es ésto? Es que el

Hijo de Dios al hacerse hombre, se hace la víctima del Sacrificio expiatorio á que la voluntad de su Padre lo destina. Jesucristo, á su vez, se conforma inmediatamente con esta voluntad; y ved cómo nos lo dice el Apóstol escribiendo á los hebreos, C. 10, v. 5.º *“Ideo ingrediens mundum decit: Hostiam et oblationem noluisse; corpus autem aptasti mihi.* Por lo cual entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste. mas me apropiaste cuerpo. Holocaustos por el pecado, no te agradaron. Entonces dije: Héme aquí que vengo; para hacer ¡oh Dios! tu voluntad: en la cual voluntad—dice el verso 10, —somos santificados por la ofrenda del Cuerpo de Jesucristo; es decir, por la Expiación que este divino Hijo cumple en la Cruz.

Octava pregunta.—¿De qué otro modo encuentra V. en Ntro.

Señor Jesucristo el carácter expiatorio de su divina Misión?

Respuesta.—En todos los Misterios y pasajes de la vida de Nuestro Señor Jesucristo se encuentra; desde su Encarnación hasta su Pasión y Muerte, no se ve sino la preparación ó la consumación de su grande Expiación. Antes de su venida, cuatro mil años la han figurado en los Símbolos y en los Sacrificios del culto Mosayco: los Profetas, especialmente David é Isaías, que anuncian detalladamente su Pasión y Muerte, nos lo representan expiando en calidad de Víctima voluntaria los pecados de los hombres.

Jesucristo mismo, en su doctrina, en sus milagros, en sus admirables acciones y ejemplos, en la institución de los Sacramentos, en su Pasión hasta su *consumatum* en la Cruz, al probar á los hombres que era el Mesías prometido, jamás dejó

de hablar y de patentizar su Misión divina, como una Misión esencialmente Expiatoria.

Es admirable y digno de notarse, cómo estaba tan penetrado de esta Misión esencialmente expiatoria, la deseaba tanto, la acariciaba de tal modo su Sacratísimo Corazón, que frecuentemente dejaba que sus adorables sentimientos lo dieran á conocer á sus Apóstoles. Así es que dice: Luc., Cap. 12.º, v. 50. "Con bautismo es menester que yo sea bautizado: ¿y cómo me angustio hasta que se cumpla?" Llama bautismo á su Pasión y Muerte, es decir, á la gran expiación que venía á cumplir y que el amor de su Corazón parece quiere apresurarla, siquiera sea con sus deseos.

Estos deseos, ya en los últimos días de su preciosa vida eran tan encendidos, tan vehementes, que no cabiendo en su Sagrado Corazón, asomaban á sus

divinos labios, vibrando con palabras y acciones inflamadas en el mismo fuego que consumir debía la Víctima Sacrosanta en el día y hora de su gran Expiación. Tres de los Evangelistas refieren que subiendo á Jerusalem dijo á los doce que le acompañaban: "El Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y á los ancianos, y le sentenciarán á muerte, y le entregarán á los gentiles: Y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le quitarán la vida." Pero San Márcos, [cap. 20, v. 32], especialmente indica la actitud valerosa y entusiasta con que profería este discurso, que hacía temblar á sus oyentes, y sin embargo, causaba las delicias de quien lo pronunciaba, dice: "Que Jesús al caminar todos juntos, iba delante de ellos: *et precedebat illos Jesus*: y ellos se maravillaban, *et stupebant*. ¿Por

qué se asombraban? De ver el gusto, prontitud y espontaneidad con que la Víctima divina caminaba al teatro de su grande Expiación: Jerusalem.

9.^a pregunta.—¿Cómo pudo Nuestro Señor Jesucristo, impecable por esencia é infinitamente Santo é inocente expiar los pecados de los hombres?

Respuesta.—El Padre celestial puso, dice Isaías, cap. 56-6, el peso de las iniquidades de todos los hombres sobre su Divino Hijo, y este Divino Hijo hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz, dice el Apóstol, Philip. 2-8, se ofreció voluntariamente porque quiso, [Isaías Cap. 53]. Por esto, cuando la divina Víctima, colocada en el Altar de la Cruz cumplía su grande Expiación, se realizaban estas palabras de David. Salm. 68-5. "*Quæ non repui tunc exsoluebam,*" lo que no arrebaté entonces lo pagaba; como si dije-

ra: los pecados que no pude cometer, con mi grande Expiación los expiaba y satisfacía para aplacar la Justicia de mi Padre.

Aquí vienen muy bien estos hermosos conceptos de S. Agustín: (Serm. 41 de Pass. Domini). "Nuestro Señor puso en la balanza de la Cruz, el precio de nuestra salud; y con su sola muerte perdonó á todo el mundo; porque así como fué su Criador, fuera también su Reparador..... Sin la menor duda, debemos creer, que redimió á todo el mundo, aquel que pagó más, que lo que vale todo el mundo..... El que no tenía pecados propios, *dignamente* borró los ajenos. Solo El, Víctima santa, cayó, es decir, murió por todos, para levantar á todos [de la caída del pecado] Recibió sobre sí muchos males para darnos sus bienes."

10.^a pregunta.—¿Cómo ha valido la Expiación de Nuestro

Divino Redentor á todos los hombres?

Respuesta.—A los de la Ley antigua, antes de Jesucristo, por la fe y la esperanza en el Mesías venturoso y en su futura expiación, puesto que ante Dios no hay pasado ni futuro, sino todo está presente; y Jesucristo es el Cordero sacrificado desde el origen de mundo. Apoc. 13, 8.

A los hombres que han existido después de verificada la grande Expiación, ésta les vale por la fe y por la unión de gracia y caridad con la divina Víctima expiatoria.

11.^a pregunta.—¿Por qué medios puede obtenerse esta aplicación de la expiación divina?

Respuesta.—Por medio de los Sacramentos en los cuales el Redentor encerró todos los méritos y virtud de su divina Expiación.

12.^a pregunta.—¿Y nuestra Madre la Santa Iglesia, qué par-

te tiene en la grande obra de la Expiación?

Respuesta.—La verdadera Iglesia de Cristo promueve eficazmente la grande obra de la Expiación, por su doctrina y predicación, pues recibió este mandato de su divino Fundador. *Docete omnes gentes.* San Math. 28-19. Mandando las misiones católicas por todo el mundo entre pueblos infieles ó fieles. ¿Qué otra cosa hace después de haberlos instruido en la religión y en la moral, después de haberlos purificado por la penitencia, sino promover esas grandes y solemnes expiaciones de pueblos y ciudades enteras?

13.^a pregunta.—¿Hay otra manera más eficaz por la cual la Santa Madre Iglesia toma parte en la Expiación?

Respuesta.—Sí la hay: eficazísima; que asombra á la razón humana, y que puede causar la admiración de las inteligencias

celestiales. En la antigua Ley, la tierra, con sus animales y productos, suministró á la Sinagoga las innumerables víctimas para los sacrificios del culto Moysayco; en la nueva Ley la Iglesia suministra para el único y continuo Sacrificio "*Juge Sacrificium*" de que hablaba el Profeta Daniel 12-11, para el sacrificio que se ofrece desde el orto del sol hasta su ocaso al Nombre santo de Dios como una oblación pura. *Ab ortu enim solis usque ad occasum offertur nomini meo Oblatio munda*: Malach., C. I, v. 11. La Iglesia, y solo la verdadera Iglesia de Cristo, suministra la divina Víctima expiatoria.

14.^a pregunta.—¿De dónde la toma? ¿Y cómo puede ser este portentoso inefable?

Respuesta.—Haciéndola descender del cielo sobre sus sagrados altares. Y esto por el estuendo poder de consagrar que el

mismo Divino Salvador comunicó á los primeros sacerdotes de la nueva Ley, la memorable noche de la Cena: *hoc facite in meam commemorationem*. Luc. 22-19, esto haced en memoria de mí. Y con las mismas palabras lo refiere el Apóstol San Pablo, Ad Corint. 11-24.

Poder admirable, infinitamente superior al de los reyes de la tierra que sólo se ejerce sobre los cuerpos; poder superior al de los mismos ángeles, dice á Lapidé, *comment in. Malach.*, Cap. 2, v. 1. Poder inefable, que al ejercerlo el sacerdote sobre el altar, le asemeja en cierto modo, á la misma Madre de Dios cuando le dió á luz en Belem. *Id comment in Miche*. Cap. 5, v. 2.

15.^a pregunta.—Habladme de las relaciones del Sacrificio del Altar con el Sacrificio de la Cruz bajo el concepto de la Expiación?

Respuesta.—Todos los fieles

instruidos en la doctrina católica, saben que en uno y otro sacrificio el Sacerdote invisible es el mismo, y en ambos se ofrece la misma Víctima; pero en la Cruz fué de una manera cruenta y una sola vez; en el Altar, incruenta y místicamente y todos los días hasta el fin de los siglos. En el Sacrificio de la Cruz adquirió Ntro. Señor Jesucristo méritos infinitos por su Pasión y muerte; en el del Altar, ya no adquiere nuevos méritos, pues está ahí en un estado glorioso como está á la diestra de su Padre. (Franzelin, Trat. de la S. Eucaristía, Th. 13.)

En el Sacrificio del Altar, Cristo, Sumo Sacerdote, aplica á los hombres, según sus necesidades y disposiciones, la satisfacción y expiación infinitas, que cumplió una sola vez en la Cruz, tomadas como de una fuente inexhausta y perenne; y conforme á las intenciones y peticiones de su

Iglesia, y á la economía de su altísima Providencia y de su misericordia.

16.^a pregunta.—Habladme de esa aplicación que constituye tan preciosas relaciones de identidad á la vez que de diferencia entre ambos sacrificios, porque me interesa mucho conocerla.

Respuesta.—En efecto, aquí entramos en una explicación directa de la Expiación; porque el Sacrificio Eucarístico no solo es de adoración y de acción de gracias, sino también es un sacrificio de impetración y de propiciación; y es en ésta última en la que principalmente debemos fijarnos. Por la razón intrínseca del Sacrificio del Altar, dice el citado Franzelin, Th. 12.^a, por lo mismo que esta sola oblación pura sucedió á todos los sacrificios típicos de la antigua alianza; y como la oblación de solo el Cuerpo y Sangre de Cristo llena completamente toda la diferen-